



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Integración, viejo problema histórico

Autor: Margáin, Hugo B.

Forma sugerida de citar: Margáin, H. B. (1991). Integración, viejo problema histórico. *Cuadernos Americanos*, 5(29), 43-47.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 29, (septiembre-octubre de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R.© 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

INTEGRACIÓN, VIEJO PROBLEMA HISTÓRICO

Por *Hugo B. MARGÁIN*

DIRECTOR DE LA REVISTA *VOICES*, UNAM

EL MUNDO HA VIVIDO entre la afirmación de las nacionalidades y las tendencias a formar grupos regionales. El Imperio Romano reunió por siglos una variedad de países de distintas razas, lenguas, culturas y supo convivir con ellas. Los latinos llevamos esa herencia. Europa, en el pasado, contó con el gran Imperio Romano Germánico, eje, en aquella época, del destino común de ese continente.

Durante nuestro siglo, después de la Primera Guerra mundial, se dividió Europa en una serie de naciones con base en la unidad racial, lingüística, territorial y cultural.

Citaré dos ejemplos de proyectos de unidad regional frustrados: Napoleón pensó y luchó por una unidad europea, una Paneuropa con sede en París como fruto de sus campañas militares. La idea del sometimiento forzoso no tuvo éxito. El Kaiser Guillermo II, a principios de este siglo, aspiró a la Paneuropa con capital en Berlín, como resultado del uso de la fuerza militar. Este segundo fracaso reiteró lo inútil de una unión por la fuerza basada en el belicismo.

Después de la segunda conflagración mundial, empezó a ganar terreno un arreglo negociado, aceptado libremente, capaz de asegurar la paz en vez de ser causa de conflictos entre países, fuente de las ancestrales guerras de la vieja casa europea.

Los arreglos entre naciones se iniciaron en este siglo en 1921, entre Bélgica y Luxemburgo, antecedente del Benelux (1944), cuando se unieron los Países Bajos. El Benelux demostró al resto de Europa la importancia de arreglos concertados con objeto de abrir los mercados y colaborar en los esfuerzos financieros e industriales.

Entre Francia y Alemania tuvo una enorme trascendencia el arreglo de la cuenca del acero y del carbón del Sarre. Se dividieron los

esenciales productos entre Francia y Alemania y se eliminó una de las fuentes económicas de los conflictos armados. Robert Shuman y Jean Monnet, autores del Pacto de París de 1954, fueron quienes lograron la organización del Sarrebruck y la unión de Alemania y Francia en esa cuenca, destinada a eliminar la guerra. Esto dio motivos, según el plan mencionado, a la integración europea a través de un Mercado Común, aún en desarrollo.

El Mercado Común Europeo ha resuelto, a través de arreglos diplomáticos, problemas del desarrollo económico de los países integrantes, que, de otra suerte, hubieran sido insuperables si cada país continuara encerrado en sus propias fronteras. El evidente progreso de aquel continente es un ejemplo para el mundo.

No deseo insistir en los aspectos económicos del mercado europeo; deseo señalar que por virtud de la comunidad europea, las guerras en ese continente actualmente no tienen sentido: no existe causa suficiente para choques bélicos tradicionales, llamados con razón guerras mundiales. Esas guerras ahora son imposibles, feliz consecuencia de la unión entre antiguos enemigos.

Los bloques económicos tienden a ser librecambistas dentro de ellos y proteccionistas hacia afuera. Ésa es la situación actual. Las compras europeas en nuestra área, indispensables en el pasado, son ahora para Europa prescindibles: no nos necesitan. He aquí la razón primaria del Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá, y los intentos de una integración continental. Como se ve, el regionalismo, en un lugar por ser proteccionista, provoca otros regionalismos, con miras a crear amplios mercados libres internos y también proteccionistas hacia el exterior, hasta llegar a "un solo mundo", todavía lejana aspiración.

¿Qué papel le corresponde a América Latina en estos momentos? Lo que antes fue en sueño de unidad, ahora se ha convertido en una necesidad urgente. Latinoamérica debe convertirse en una enorme área de esfuerzos económicos comunes.

Ya vimos cómo el sometimiento armado de una Paneuropa fracasó, en tanto que los arreglos económicos negociados, con base en la razón, han dado extraordinarios frutos que están a la vista.

El plan del presidente Bush sobre nuestro continente llega a incluir nuestro hemisferio en un esfuerzo de desarrollo económico. Pensamos que el progreso debe dirigirse al bien de todo el pueblo, y ser respetuoso de la pluralidad de opiniones. Si ese plan se materializa resulta más urgente la unión latinoamericana como factor para aminorar las asimetrías con el norte del hemisferio.

El presidente López Mateos, en una visita histórica a México del presidente Kennedy (1962), consiguió que nuestros vecinos del Norte aceptaran la propiedad de México de la franja denominada El Chamizal, perdida en el tiempo del presidente Juárez, debido a un cambio brusco del curso del Río Bravo que nos divide con el país del Norte. Al haber triunfado la justicia, el presidente López Mateos pensó erigir en ese jirón recuperado de la patria, una universidad dedicada a exaltar nuestra cultura y nuestra lengua, con la mira de cumplir con un elevado destino: crear una universidad abierta a las corrientes del pensamiento latino, como baluarte de lo nuestro en la frontera con el norte anglosajón.

Las diferencias entre la cultura latino-indígena a la que pertenecemos con la anglosajona del norte son bien conocidas para repetir las en este momento. Sólo me referiré a una de las características nuestras que nos separa del norte: nuestros países son mestizos desde su origen. Ya lo eran España y Portugal en la época del descubrimiento de las rutas oceánicas y del Nuevo Mundo. Iberia había recibido la influencia árabe y por lo tanto nos llegó de España la cultura latina con influencia de la africana. Aquí se encontraron con grandes civilizaciones, originadas por migraciones de origen asiático. Luego nuestro subcontinente latino está formado por el mestizaje y por la influencia de Asia, África, Europa y la propia aborigen.

El perfil cultural de nuestra zona se enriqueció con el mestizaje. Se produjo un sincretismo con las civilizaciones dominadas que aparecen en la lengua, en el arte, en las instituciones jurídicas, en las costumbres, en nuestras sociedades.

Podemos hablar como cosa propia del ultrabarroco indígena, ejemplo claro de sincretismo; del ejido, organización que viene desde antes del descubrimiento; del arte que contiene una evidente influencia indígena dentro de los modelos traídos por los europeos, como se admira en los arcos de la capilla abierta de Tlalmanalco. Todos ellos, y muchos ejemplos más, demuestran cómo el mestizaje enriquece y da una personalidad original.

La Comunidad Europea se ha logrado sobre abismos de sangre derramada durante sus endémicas guerras, sobre las distintas lenguas de diversos países, sobre diferencias raciales pronunciadas, sobre la simetría en el desarrollo y sobre egoísmos y actitudes defensivas del pasado.

En este continente los conflictos bélicos son menores si los comparamos con los europeos. El español se habla en toda nuestra área

junto con el portugués del Brasil dos idiomas predominantes tenemos en toda Latinoamérica.

Las diferencias culturales europeas son profundas. En Latinoamérica somos grecolatinos e indígenas. Nuestra comunidad ya existe: no tenemos que forjarla.

Reitero la existencia de la comunidad cultural de nuestro subcontinente: es una realidad y ha existido por siglos. Lo urgente es hacer valer nuestro pensamiento, nuestros ideales y defender el idioma común, en un mundo con presagios de unidad ecuménica, signo histórico del momento. Es conveniente, por lo tanto, profundizar en el amplio campo de nuestra cultura común, defensora de nuestra identidad nacional.

En nuestro continente existen predominantemente dos grandes corrientes culturales: la anglosajona del norte y la indolatina del sur. Ambas deben convivir gracias a las enseñanzas de la clásica Grecia, común a todos. La clave está en el razonamiento, el *lógos* que conduce a la pluralidad y por lo tanto al respeto de las soberanías nacionales. La razón domina a fuertes y débiles; todos viven bajo su imperio en un mundo civilizado.

El lenguaje cumple una función mental colectiva, nos decía don Antonio Caso, hace años, en este entrañable recinto de nuestra Universidad. La historia del lenguaje es la historia de la inteligencia, afirmaba el maestro. El lenguaje común nos ha unido antes aún de las vinculaciones económicas o políticas.

Cuando hay comunidad en el lenguaje, el arte y las costumbres, como las tenemos en nuestro subcontinente, la integración económica se facilita. No tenemos que vencer como en Europa la barrera de los distintos lenguajes. Con razón se ha definido bien la diferencia del lenguaje como barrera, como fortaleza casi inexpugnable. Entre nosotros no hay esa barrera; el origen común allanó las posibles dificultades que en otras partes del mundo se tienen que remontar. Si algunas diferencias tenemos en el lenguaje, se debe al sincretismo regional con lenguas aborígenes. Sin embargo, podemos afirmar la ausencia en nuestra zona de la barrera del lenguaje, una de las más serias dificultades en un proceso de integración.

Deseo mencionar el ejemplo que ofrece el antiguo Imperio Británico. Se desintegró en medio de luchas sangrientas. No obstante, y con gran sentido de modernidad, surgió de las cenizas del Imperio algo sutil e intocable, algo inmaterial: el *Common Wealth*. La cultura, la tradición, las instituciones comunes, lograron que los

antiguos enemigos se unieran en lo cultural: en la riqueza común. En el *Common Wealth* los componentes tienen la dignidad de iguales y el respeto mutuo es la base de la permanencia.

A nosotros concentrados en Latinoamérica, nos resulta difícil entender por qué no tenemos una "riqueza común integradora" cuando sí la tenemos y sólo falta organizarla. Y ésta podría llamarse, a guisa de ejemplo, "Sociedad Cultural de Naciones Iberoamericanas" o bien "Identidad Cultural de Naciones Iberoamericanas".